

SUBIDA OTOÑAL PARA HACER EL CAMINO TRANSCANTÁBRICO Y LEBANIEGO

Cuando en la subida otoñal que hice el año pasado con mi hijo, estando en Lario, región de Valdeburón, en el norte montañoso de la provincia de León frontera con Asturias, tuve por primera vez noción de que existía una nueva variante del camino de Santiago denominado “Transcantábrico”. Esta partía del monasterio de Santo Toribio, en plenos Picos de Europa, atravesaba lindos pueblos del valle del Liébana hasta Espinama y ya cerca del collado de Remoña, se separa del camino Lebaniego para, ya con entidad propia, dirigiéndose a Posada de Valdeón. Para tener una idea, las etapas del camino completo se pueden ver en este [mapa](#).

Lo que me llamó poderosamente la atención es que pasaba por lugares emblemáticos para mí, sitios que, aunque pasara de largo, paraba el coche para disfrutar de su belleza. Además, si me ponía en marcha en otoño, podría disfrutar de hayedos, robledales y otros árboles propios de riberas de río, también ricos en colores otoñales.

Tardé más de 2 meses en concretar los sitios por donde iba a pasar pues tanto el que se proponía como oficial o las etapas que encontré en Wikiloc, algunas eran excesivamente largas para ir con mochila y tener tiempo para hacer un hermoso reportaje de fotos cada día. Por otro lado, sí que fue bastante laborioso ir encontrando alojamientos por donde iba a pasar. La coordinación espacio-temporal del plan no solo resulto tediosa sino también la exigencia de hacerlo según se había trazado contando que las inclemencias del tiempo respetaran el plan. Para finales de septiembre tenía ya todos los tracs y los alojamientos adecuadamente registrados en un fichero kml y metidos en mi Oruxmap a falta de pequeños flecos.

Agregué dos etapas más que, aunque no eran propiamente del camino Transcantábrico, me apetecía ansiosamente hacer para aprovechar el largo viaje de Almería al norte. Era el puerto de Piedrasluengas, alcanzando Potes en dos etapas por un valle que siempre me ha llamado poderosamente la atención. Esas dos etapas están en el llamado camino de Santiago lebaniego castellano. Para facilitarme la subida al puerto desde Potes no quedó otra que tomar un taxi como la mejor solución.

Quedaba todavía un asunto pendiente. La etapa Oseja de Sajambre a Burón era excesivamente larga (unos 20km de fuertes subidas y bajadas) para hacerla con una mochila por lugares sin pueblos y posibles amenazas del clima. Tras mucho darle vueltas, como había quedado con mi hijo hacer una semana yo solo y otra con él, pensé en dejarle el coche y apañarme con movilidad pública para llegar al norte y él subiría para recogerme a un pueblo llamado Retuerto a medio camino entre Oseja y Burón. Así lo pensé y así lo hicimos gracias al tesón y buen hacer de mi hijo.

Normalmente, cada día hacía un reportaje de fotos de los sitios más bonitos por donde pasaba, pero hubo alguna que otra excepción: el primer día en Potes aproveché para hacer un reportaje a este lindo pueblo, y el día 4 de noviembre que correspondía hacer Maraña-Lillo, desistimos de pasar por el collado de Tronisco por la fuerte tormenta de viento y lluvia de ese día y en su lugar realicé 4 reportajes en 3 días por los hayedos que hay por los alrededores de la Puebla de Lillo. Desde que salí de casa hasta regresar fueron 17 días, dos fueron para visitar a mi familia de Murcia, al subir y bajar, y en total confeccioné 15 álbumes, que presento a continuación:

[23-10-25 Potes lindo](#)

El día 24 subí en tren desde Murcia a Santander donde pernoté y al día siguiente tomé el bus de la empresa "Palomera" que me llevó por paisajes encantados hasta Potes donde llegué a medio día. Me encantó el trato familiar del conductor con los que subían y bajaban, del cual yo participaba pues me coloqué en primera fila. Era

peculiar que la mayoría eran mayores y recorrían breves trechos. De pronto me llamaron de uno de los alojamientos para confirmar la reserva y dio la causalidad que era la compañera del conductor que reconoció por su voz, coincidencia que avivó nuestra charla y sirvió, al finalizar el trayecto, para que me recibieran en el alojamiento de Potes antes de la hora pues tenía amistad con el dueño. Con toda la tarde por delante, pensé que sería bonito hacer un reportaje del magnífico pueblo, incluyendo sus majestuosas casas palaciegas, su arquitectura de sabor antiguo y el paseo por la orilla del río Deva, así como sus puentes, alguno, dicen, de tiempos romanos.



[23-10-26 Piedrasluengas-Lomeña](#)

Esta etapa ha sido una de las más dura, de las pocas que recuerde. Al llover durante todo el día, me fue casi imposible quitarme el poncho sin mojarme, por lo que fuí demorando beber y comer hasta quedarme en una situación física desconocida. Dicen que fue una hipotermia, quizá fue pájara, pero que pude solucionar fácilmente cuando pude ingerir.

Desde que lo disfruté hace ya más de 25 años subiendo con mi hijo dormido en el coche camino a Almería, tanto el valle de Liébana como el alto de Piedrasluengas, siempre han sido sitios que desde entonces me han cautivado y por eso cuando me enteré que por allí pasaba el camino de Santiago Lebaniego Castellano, quise incluir dos nuevas etapas al camino Transcantábrico.

En el puerto de Piedrasluengas he estado unas cuantas veces con un pretexto u otro, sin contar las visitadas digitalmente utilizando Google Earth. Por eso, el ahínco de hacer este tramo, incluso sabiendo, desde hacía más de un mes, que ese día daba lluvia copiosa. No se equivocó el pronóstico y la lluvia fue de tal magnitud, que el taxista que me llevó desde Potes a Piedrasluengas me aconsejó para ponerme el poncho, que mejor lo hiciera bajo los

tablones del mirador. Así fue, en el espacio que quedaba entre los palos que sujetaban la plataforma de madera superior, pude prepararme para la lluvia. Después, comprobé que la idea del taxista fue fantástica pues, además de ver más de cerca aquellos tablones, pude divisar una panorámica excepcional del valle del Liébana, ese que tanto me gustó desde la carretera. Esas cercanías me dieron más animo que el que me quitaba el día tormentoso.



El camino, al contrario de ser una estrecha senda como la imaginaba, es una preciosa y cómoda pista forestal, que se interna en el bosque de hayas y robles, aunque me decepcionó que, salvo algunas expresiones ocreas principalmente de helechos, el calor este año atrasó la llegada del otoño en una semana o más. Algo más avanzado vi el bosque de ribera del río Bullón con sus colores amarillos de álamos y choperas.

Tras pasar el atractivo puente junto al área recreativa de Cueva, pensé que encontraría en el pueblo un techo para poder beber agua y comer frutos secos, pero lamentablemente no lo encontré, y dije de aguantar hasta Avellaneda. Un pueblo que no estaba muy lejos. Para llegar pronto, en la bajada sinuosa de la carretera bajé trotando, pero fui poco a poco perdiendo las fuerzas y ralentizando la marcha, primero a 2km/h y después a 1km/h, incluso iba paulatinamente perdiendo el equilibrio. Nunca me había sentido así. Por fin, encontré un sitio resguardado de la lluvia en ese pueblo y pude beber y tomar frutos secos y eso fue suficiente para ir recuperando la normalidad. Sin duda, este bajón se debió a que la lluvia constante me impidiera quitarme el poncho y por tanto una normal transpiración. De hecho, cuando llegué a la casa rural Fidela en Lomeña, quedé sorprendido cuando comprobé que las cuatro prendas bajo el poncho estaban mojadas por el sudor que, por suerte, en el cuarto de las carderas se secaron pronto junto a las botas.

23-10-27 Lomeña-Potes

El tramo de Lomeña a Potes contiene una gran diversidad de paisajes, pueblos, campo rural y flora que inicia, este año algo atrasado por el calor, su peregrinar otoñal hasta perder la hoja.

Para evitar la pájara de ayer he desayunado opíparamente, algo que ayer no hice el día anterior, así que recuperé mi usual forma física y anduve 17,5 kms a una media de más de 5km/h de promedio, lo que evidencia que el bajón de ayer fue circunstancial.

Desde las alturas por donde ando, el sol lucía espléndido y bañaba racheado el valle de Liébana, un paisaje que, junto a las montañas del fondo, era soberbio. El color otoñal en las manchas de bosque lo calculo por encima del 20-30 por ciento. El primer pueblo con el que me encuentro se llama Yebas donde la mayoría de las casas muestran su sabor antiguo de piedra y madera. Al otro lado de valle, pueblos como Lerones y su campo rural destacan a esa hora por los rayos del sol.

Las hayas del día anterior se sustituyen por robles, fresnos y demás arboles de ribera. Cerca de Loscos sube por la cuesta un hombre del lugar en su tractor, con el que charlo sobre los picos que vemos en el horizonte, sobre el pueblo y me termina regalando una hermosa nuez. El pueblo es precioso.

Sigo avanzando entre la arboleda otoñal y con paisajes lebaniegos llenos de vida hasta toparme con el siguiente pueblo: Piasca, el cual hago fotos a lo lejos pues el camino pasa a cierta distancia, aunque si lo hace por la iglesia que destaca su poderosa arquitectura sobre las casitas humildes de la gente.

Más adelante unas cabrillas me dan la alegría de hacerles buenas fotos y de inmediato se toma un sendero estrecho de pronunciada bajada que no parará hasta llegar a Cabezón de Liébana, donde se toma un precioso camino que va discurriendo a la par de la ribera



izquierda del río Bullón y casi sin querer se interna en las calles de Potes donde me alojé en la misma habitación del día 25, por lo que me sentí como en casa.

23-10-28 Potes-Cosgaya

Al comienzo de esta etapa se llega al monasterio de santo Toribio que es lugar de inicio del **camino Transcantábrico** y la sexta etapa del **camino Lebaniego** que se inicia en San Vicente de la Barquera y se dirige hacia Riaño y Cistierna guiada por el río Esla. Esta tercera etapa que inicio en Potes, mi track cuando llegué a Cosgaya marca un recorrido de 17 kilómetros. En cuanto a su andar, resultó ser muy dura por las constantes subidas y bajadas (con una mochila de más de 7kg) a un lado y otro del río Deva que se me antojó que se hubiera podido haber diseñado más suave y dócil. Muchos de los lugares por donde pasa son muy bonitos, con predominio de encinas y en menos medida robles y nogales, pero sobre todo con mucho bosque de ribera pues durante más de la mitad del camino corre paralelo a este entrañable río.

Puesto que no se podía comer en Cosgaya, tuve que forzar el almuerzo en el Llano y continuar mi peregrinar con todo el peso de mochila y digestión. A partir de ahí he comenzado a divisar manchas extensas de hayedos con un 30% de color otoñal estándar, lo cual es un motivo de alegría pues creo que mañana veré más y con porcentajes mayores sobre todo en la zona de Illes. También me ha acompañado por el camino una lluvia intermitente junto a fuerte viento que me impedía protegerme con la sombrilla, solo con el poncho. Eso sí, el hotel Cosgaya me ha acogido con tanto mimo que se me olvidó los sinsabores.



[23-10-29 Cosgaya-Pido-Espinama](#)

Entre avellanos, fresnos, robles y, sobre todo, hayas, ha transcurrido hoy una de esas rutas que dan continua alegría y siempre, por la parte más baja, el murmullo del río Deva.

Con el fuerte calor que ha durado hasta hace poco, tanto en el sur como en el norte, el otoño se ha retrasado unos días cuando de siempre suele acudir puntual a su cita a finales del mes de octubre. Pero también la ruta de hoy ha ido tomando altura hasta rebasar los 800m y discurre por montaña y la mayoría con hayas entradas en años, por lo que he podido disfrutar de mayor colorido que días atrás como se aprecia en las fotos, quizá un 50% de color otoñal.

Total, un día espléndido a pesar de la lluvia ligera intermitente. Han sido 15km siempre en ascenso. El buen paso que he llevado se ha ralentizado por constantes paradas ya que todo me parecía bonito para hacer fotos. No he bajado al pueblecito de Illes para no perder más tiempo, que a duras penas el frondoso hayedo me dejó fotografiar en la distancia. Todo lo que leí sobre las maravillas del hayedo de Illes se confirma plenamente.



Un gran día que se vio nublado al comprobar que la posada de Sobrevilla no estaba en Pido sino 4km más abajo en Espinama y cuyo precio de 90 euros fue el más costoso de todos sin que estuviera justificado por sus instalaciones. Si elegí Pido, no es porque tuviera algún familiar allí, sino para quitarme algo de la fuerte subida del siguiente día hasta el collado de Remoña (1780msm)

[23-10-30 Espinama-Posada de Valdeón](#)

Llegó el día que tanto me quitó el sueño en días previos, como en el par de meses que estuve diseñando el plan de rutas y alojamientos. Subir de 800m a 1800m, más o menos, con más de 7kg a mis espaldas me imponía y más aún tras mi fallida estrategia de iniciar la

subida en Pido en vez de Espinama, aunque solo fuera por el efecto psicológico.

Lo que hice fue tomar un buen desayuno al que quité productos procesados usuales de la industria de la alimentación, lo que ocasionó que me rebajaran 2,5 de 10 euros y ya no tuve que pagar los rotundos 90 euros sino 80,75. Al echar mi mochila a la espalda lo hice con coraje y me dije de subir despacio y a ritmo, una idea que fue decisiva para la subida.

El sol lucía esplendido lo que fue un plus de animó. Despacito llegué a Pido y despacito atravesé sus calles hasta la última casa, después tuve que aguantar los ladridos de perros de la nave agrícola de las afueras y tras cruzar el río Cantijón, afluente del Deva, comencé a divisar durante bastante tiempo lo que queda de un hermoso circo glaciar llamado “Fuente De” con sus paredones rocosos únicos y su caseta del teleférico que a duras penas pude fotografiar de lo lejos que estaba. Internarme por las distintas áreas de robles y hayas que hay en la ladera de subida fue una compañía de agradecer. Después me sorprendió un turista extranjero subiendo con su moto que me hizo alucinar. El paisaje era maravilloso con el río por abajo sin parar de rumiar y los gigantes rocosos por arriba, presentes por cualquier parte de la subida, allá por donde se mire y en medio mi paso a ritmo tranquilo sin parar.

Así llegué a una bifurcación esperada desde las múltiples subidas digitales que hice anteriormente, allí donde el camino lebaniego y el transcantábrico se separan, el primero que se dirige a la Portilla de la Reina y Cistierna y el segundo a Posada de Valdeón y Oseja de Sajambre que es el que yo elegí por pasar por lugares que siempre me han levantado pasión.

A lo lejos divisé un refugio que me alertó de la cercanía al punto más alto y más cuando vi nítidamente el camino que se orientaba por la izquierda en claro ascenso al paso de montaña. Una vez allí, me permití mi primer descanso y al poco inicié la parte final de la subida que, como suele ocurrir, parece que no llega nunca, era el alto de Valdeón o como a mí me gusta llamar, alto de Remoña,

dado que cerca está la majada del mismo nombre y muy cerca el Caben de Remoña, dado que todo ese alto tiene un relieve largo y suave. Pero me gusta sobre todo porque Remoña lo escuché muchas veces decir a los de la zona y porque comí en el restaurante Remoña comida muy rica y porque me gusta como queda el soniquete remoña tan resonado.



Una vez llegado al punto álgido del día, tuve a la vez el error del día. Tantas horas de trabajo preparando los recorridos para echarlo todo a perder en un segundo de decisión. Para poder atravesar el lindo hayedo de bajada a Santa Marina de Valdeón, sabía a ciegas que debería ir hacia la izquierda y no de frente, pero es que la realidad digital de mapas y track difiere de lo real, el mapa nunca será el territorio, y el embudo en que se sumergía el camino me pareció tan atractivo que pensaba que ese sería el camino bueno y que más adelante torcería a la izquierda, pero cuando llevaba cierto tramo recorrido, en ningún momento se desviaba a la izquierda y, con mucha tristeza vi de lejos mi soñado hayedo. Ya era demasiado tarde para rectificar y, en su lugar, me tuve que conformar con un sendero estrecho pero muy bien trazado que se mantenía constante a bastante altura. lo que me hizo disfrutar de los paisajes llenos de hayedos, pero de lejos. La contrariedad se me notaba y varias veces tomé caminos equivocados que me hicieron más difícil la bajada. Eso sí, los paisajes con grandes manchas otoñales me fueron deleitando la bajada, así hasta pasar por un lindo bosque otoñal ya en las estribaciones de Prada de Valdeón, un pueblo con varios hórreos preciosos, semejantes a los que poco después encontré en Posada de Valdeón, que era el destino del día.

Llegue a las 3:30 pero ya en el único sitio que dan comidas no me quisieron atender, y con toda generosidad José Antonio, el dueño de la casa rural Ezkurra me compuso un menú para que pudiera comer y sobre todo charlar. Así, hablando, me enteré de su agitada vida donde estuvo en un montón de sitios por todo el planeta. El sitio más económico de los que estuve y además con un rico y

nutritivo desayuno al día siguiente. Un hombre muy especial que según me dijo, quería vender su alojamiento para seguir merodeando por el mundo. De madre vasca tenía que ser.

23-10-31 Posada de Valdeón-Oseja de Sajambre

En mis sueños tenía el deseo de hacer esta etapa, porque intuía que la bajada desde el alto del puerto de Panderruedas a Oseja, podría darme nuevas alegrías y lo cierto es que hasta el momento ha sido la etapa del camino TransCantábrico con la que más he sentido, vivido y fotografiado con diferencia, y eso que la etapa Cosgaya-Pido-Espinama fue también una maravilla, pero esta creo que la ha superado quizá porque conforme avanzo, los colores otoñales son cada vez más vivos y más extensos.

Emocionalmente, me sentí envuelto en un arco iris de sorpresas por cada rincón que pasaba y que fueron muchas las ocasiones en que sentía que lo natural me sobrepasaba y así creo que lo he plasmado en las fotos que, si se ojean con calma, esa que resultar difícil en este estilo de vida impuesta de consumo rápido y de significantes a los que le damos poco tiempo para que adquieran un significado más acorde con el sentido de la naturaleza.



A medio camino me encontré con un ganadero del lugar que estaba buscando su ternero perdido y de paso hablamos de un tema tan repetido en todos lugares visitados: paulatinamente los pueblos se van abandonando, la vida se hace más difícil porque cada vez sus productos “cuestan lo mismo de hace 30 años”. Inútil fue que le dijera que el bosque de hayas y robles es el más bonito que toma el otoño, como así yo sentía en ese momento y más a él que había nacido entre los matorrales, principalmente retamas, y subido a tantos y tantos árboles jugando al escondite. Para mí, que mis primeros contactos de adolescente con lo natural fue en la seca y espartera sierra de Gádor, me parecía este bosque el mismo paraíso. Lo que no quita que lo entendiera y empatizara con él.

Llegando cerca del pueblo de Oseja, justo donde el camino de bajada y el que se hará de subida el día siguiente, hay un precioso mirador del bosque del valle y de los picos más destacados y se pasa por un estrecho roquedal que me impregnó un arrebatado de nostalgia pues me dio la misma salvaje sensación de cuando el día [2 de octubre de 2002](#) hice el mismo recorrido denominado por los del lugar como “senda del Arcediano”.

Al poco llegué a mi destino que, con sus múltiples hórreos, parece más bien una aldea asturiana y si a eso se le añade que en la vertiente sur de ese valle nace el Sella, un río donde más del 80% de su recorrido atraviesa territorio asturiano, hace que siempre me pregunte por qué regla de tres, éste y otros pueblos cercanos hayan terminado siendo leoneses.

El día anterior llamé desde Valdeón al Hostal “Les Bedules” en Oseja para confirmar mi reserva de hace más de dos meses, pero el dueño me dijo que no podía atenderme pues tenía cuestiones legales que le llevarían todo el día y me facilitó otros alojamientos que “por eso él no se iba a enfadar” cosa que me hizo gracia. Entonces llamé al “Hotel Cuna del Sella” en el que me pidieron 80 euros con desayuno y reservé. Cuando llegué vi un hotel semicerrado regentado provisionalmente por los padres del dueño y les indiqué que estaba algo caro, así que por instancias e insistencia de la madre al que le cayó en gracia el que fuera por esos mundos y con el mal tiempo andando con una hermosa mochila, me lo bajaron a 75 euros, algo que agradecí. Tras hacer mi álbum del día, me di un paseo al atardecer entre los hórreos acompañado por mis añoranzas de las muchas veces que pasé por el lugar. Siempre Oseja de Sajambre será un lugar especial para mí.

[23-11-01 Oseja de Sajambre-Burón](#)

Por fin llegó el día 1 de noviembre, donde me encontraría con mi hijo en el pequeño pueblecito de Retuerto ya cerca de Burón donde pasaríamos la noche. Él partiría muy temprano desde Murcia en mi coche y yo haría lo mismo andando desde Oseja en clara subida

hasta el puerto del Pontón y después en franca bajada iría junto al río Tuerto entre el hayedo que hay frente a la ermita ubicada en el llano que hay más adelante bajando el Pontón, algo que me subyugaba dado que siempre me pareció un lugar algo mágico, como también el área recreativa en la que tantas veces paré a tomar algo y en ocasiones con espesa niebla.

La realidad me dio más de lo que soñaba como casi siempre me sucede en estos lugares del norte cuando los vivo. Tras despedirme de los sitios emblemáticos para mí de Oseja de Sajambre, los hórreos, la calle principal, el bar donde dan menús del día, las casitas con sabor, el mirador, el desfiladero rocoso en todo lo alto, la peña Ten ... al final me adentro en el magnífico bosque de robles, gigantes, el mejor de los que yo conozco. Me topo con 2 ganaderos que saludo como si fueran familia, uno es el de ayer. Todo rezuma añoranza, el abandono de la carretera para continuar el camino al otro lado, el paso del puente sobre mi río Sella. Todo es mucho más de lo que yo puedo pedir.



Y sigo subiendo por los mismos sitios que hace 20 años, pero ahora con sabor a otoño que se vuelve más y más denso su ocre cuanto más me acerco a la parte más alta. Vuelvo a cruzarme con el Sella joven cuando apenas es poco más que un riachuelo de no más de un metro de ancho. Algo más arriba los robles van dando paso a las hayas y estas, en su mejor hábitat, toman una densidad envolvente que me obliga a poner gran angular para recoger toda su belleza.



Un poco más arriba el camino hace un quiebro que me obliga a tomar de nuevo la carretera, esa misma que baje desde el Pontón en autobús en una excursión el 1 de julio de 1998 que junto a gente que gustan de las excursiones a entornos naturales de toda España. Entonces, recorrimos sitios naturales tan suculentos como [la senda](#)

[del Cares, la subida y bajada de Fuente De, los lagos de Enol o el mismo Somiedo.](#) A pesar de que han pasado más de 25 años, nunca olvidaré la fuerte sensación que sentí en el autobús, donde todo era tan bello que se creó un silencio enorme donde antes todo era algarabía y con ese silencio llegamos hasta Oseja. Se me quedaron fijadas las líneas de blanco inmaculado que limitan la carretera antes y ahora.

Así, entre añoranzas y casi sin sentir el esfuerzo llego a otro sitio también especial: el puerto de Pontón, pero en este caso para proseguir por nuevos lugares también especiales como la ermita de abajo o los caballitos que con todo el tiempo del mundo pastan la tierna hierba o beben las aguas del río Tuerto. Así que, al andar por un nuevo hayedo, lo percibo con la misma calidad que el que acabo de subir, hasta bajar al mismo río para cruzarlo hasta el otro lado de la carretera donde el sendero se pierde un trecho hasta un caserío que parece de los propietarios de los muchos caballos y vacas que he ido viendo por el camino. Después un camino al otro lado de la carretera me acerca a un bonito puente sobre el río Tuerto y continúa en dirección a Retuerto, mi destino.

Observo la cantidad de lindos hayedos otoñales que me rodean por todos lados por donde paso y que no lo tomé en cuenta cuando por allí pasaba veloz con mi coche en años anteriores pero que ahora sí que quedaron anotados para futuras subidas otoñales. Tras un giro del camino veo a lo lejos el pueblo de Retuerto y un pensamiento me salta a la mente: “anda que si ahora me hijo llega en el coche justo cuando yo llegue”, “llegaré antes yo o él” Miro y no veo a lo lejos que venga un coche y parece que seré yo el que llegue primero y espere, pero un poco después se produce un milagro: él viniendo de tan lejos en coche y yo viniendo andando por el camino, puede parecer increíble pero mientras bajaba yo la última cuesta y hacía una foto al banco amable y acogedor, mi hijo llegaba al lugar. La vida me daba ese momento mágico para plasmar en una foto nuestro reencuentro, seguido con un fuerte



abrazo, tanto por la alegría de volver a vernos como para que haya sucedido con tanta sincronía. Después para celebrarlo cogimos agua de la misma fuente donde estuviéramos 4 años antes, todo lleno de un manto blanco en la tormenta de días anteriores y finalmente, diéramos un hermoso paseo por el pueblo, que quedó como un sitio entrañable.

23-11-02 Burón-Acevedo

Cuando nos levantamos para hacer la etapa de este día, el tiempo estaba amenazando lluvia, así que directamente salimos con el poncho puesto. Me hacía mucha ilusión recorrer este tramo pues iba a vivir intensamente justo por medio del campo, lo que antes paraba unos minutos a la orilla de la carretera para ver de lejos una estampa preciosa: chopos alineados por las orillas del río Esla, una llana pradera llena de un verde sano y unos caballitos bien cuidados, segándola lentamente con todo el tiempo del mundo. Esa foto siempre era colateral a los recorridos en otros lugares que no eran de esa zona denominada “**Valdeburón**”, esa, a cuyas gentes, treinta y tantos años atrás les robaron sus mejores recuerdos familiares y segaron el fuerte enraizamiento que tenían con sus tierras. No encuentro palabras para tanto sufrimiento.

Al poco de echarnos a andar, más antes que después nos topamos con mi querido río Esla ese que, su origen suele estar cargado de polémica. Por ahora los libros escolares dicen que nace en el paraje natural del Valle de Valdossín, cerca del alto de Ventaniella, límite natural entre Asturias y León. Tres cuartos de hora después de atravesar por las apacibles zonas llanas donde pastaba el ganado y disfrutábamos de los accidentes montañosos, ahora sí, llenos de manchas otoñales, principalmente de hayas y robles, llegamos a Liegos un pueblo situado en la margen derecha del Esla (todos los demás del valle están a la izquierda) donde nos recibió un succulento nido de cigüeñas, la omnipresente iglesita y las sillas de los bares bien trincadas con cadenas. No vimos a nadie mientras duró la travesía, por la lógica acumulativa de este sistema, que no solo lo hace con el dinero sino también con las gentes de los pueblos. Los

pocos que resisten a esta tónica, viven con notables dificultades, quizá por pura resiliencia y nostalgia.

A la salida del pueblo, se acercaron 3 perros, ladrando en un primer momento, pero mansos al poco y compañeros de andanzas, con una actitud amigable y hasta protectora hasta el final del recorrido. Con frecuencia ahuyentaban las vacas que se acercaban molestando. Tal fue el entendimiento no verbal que permitieron hacerles fotos muy bonitas. En algunas ocasiones pensaría que



posaban, incluso que obedecían mis órdenes cuando les pedía que se juntaran y ya el no va más, fue que, en un momento dado, cuando ya divisábamos de cerca Acebedo, adoptaron los tres perros la misma posición de mi hijo oteando el

horizonte y, además, los cuatro, muy bien alineados.

Se podría pensar que la etapa fue idílica por nuestra buena sintonía con los perros, pero fue todo lo contrario. Como no paraba de llover, poco a poco se fue anegando el track que teníamos marcado y que transcurría en buena parte por el prado, lo que nos obligó a buscar nuevos caminos que estaban en la periferia entre monte y llano, lo que nos supuso sortear algunas vallas para el ganado, y puesto que la copiosa lluvia incremento bastante el caudal de los arroyos que venían de las montañas, nos obligó a vadearlos, algunos con un buen salto fue suficiente, pero hubo tres o cuatro que suponían un concienzudo estudio para ver por donde pasarlos pues de primeras, parecía imposible superarlos si es que queríamos mojarnos lo menos posible. De hecho, imponían su caudal hasta pensar que sería mejor retroceder al punto de partida, si es que todavía se podía. Subíamos y bajábamos por las orillas del arroyo viendo los puntos que nos dejara pasar, lo que nos hacía perder mucho tiempo. En todas partes, chapoteos entre charcos y barro.

Al final, llegamos exhaustos al alojamiento. Así que creyendo que serían 8km deliciosos y entretenidos se convirtieron en 12km tortuosos y algo tristes. Menos mal que el recibimiento en la casa

rural el Pinar fue muy agradable con una chimenea acogedora llena de leña del lugar y una comida casera excelente que me hizo olvidar, muy poco a poco, los sinsabores sufridos con los arroyos y vallas, aunque para mi hijo la experiencia no fue tan traumática como para mí. María José, la dueña de la casa, nos trató con su mejor sonrisa que nunca cesaba y ya aproveché para disculparme pues el año anterior, aun teniendo reserva en su casa, nos fuimos a otra pues no me gustó que me pidiera una señal por adelantado y fue que, pensando en la disculpa, reservé para este año. Al final, todos quedamos en paz con nosotros mismos y con los demás.

23-11-03 Acevedo-Maraña

La mañana comenzó con un desayuno excelente, con productos de la zona. Yo seguía mi ayuno intermitente pero acomodado a las exigencias del camino dado que las exigencias físicas se tenían principalmente durante la mañana. En Almería saltaba la hora del desayuno, almorzaba a las 13h y cenaba sobre las 19h con lo que pasaba 18 horas de ayuno suficiente para obtener los mejores beneficios, ahora, y viendo lo mal que me sentó la pájara del primer día, desayunaba fuerte entre las 8 y las 9 y almorzaba sobre las 15-16, pero ya no cenaba para tener también otras tantas horas sin ingesta.

Al salir quedamos sorprendidos pues todos los picos altos estaban nevados, una escena poco usual en el seco sur de donde veníamos, si bien el sol al menos a esa hora temprana de la mañana lucía lindo. Aleccionados por el día anterior, decidimos ir por el camino que hay en el límite bajo el bosque de hayas a pesar que la primera opción era adentrarnos para disfrutar del hayedo en otoño.

A la derecha se extendía un precioso paisaje con valles llanos y verdes pastando caballos y vacas entre altos chopos de hojas amarillas alineadas por el río Maraña antes de dar sus aguas al Esla. Más allá a lo lejos, a un lado y otro del valle, las montañas decoradas por los dorados otoñales de los hayedos y robledales y más arriba, en las altas cumbres, el manto blanco de la nieve. Todo parecía que

iba a ser un día mejor que el anterior. Y así fue, incluso mucho más que lo esperado.

Mi hijo, que con frecuencia piensa más en mí que en él, sabiendo lo mucho que me gusta andar por medio del bosque otoñal, me dijo que un camino que subía a nuestra izquierda, merecería la pena intentar ver hasta dónde iba, pues era posible que llevara a algún camino o pista de las que cruzan el bosque de hayas. Y así fue como lo hicimos, tras varios intentos fallidos, llegamos al interior del bosque de hayas, pero la pista anhelada no aparecía. En la búsqueda, pareciera que retrocedíamos más que avanzábamos y pasaba el tiempo buscando, pero todo era campo a través. A pesar de los retrocesos, nos sentíamos felices pues la belleza de las hayas compensaba el desencuentro, así que dije “a ver si nos va a dar igual avanzar que retroceder con tal de estar en este precioso corazón del hayedo”. Nos reímos cómplices y felices. Si que vimos en el mapa que había caminos y así poco a poco, disfrutando de cada rincón, incluso añadiendo retrocesos a modo de juego, porque sabíamos más o menos por donde estaba la dirección correcta que, finalmente nos encamaramos en el camino del mapa. El ocre de las hayas creaban rincones cautivadores que me obligaban a hacer continuas fotografías de postal. Nos hicimos una foto para atestiguar nuestra alegría ante tanta maravilla de ocres, cuyas ramas creaban continuamente vellos cuadros.



Hasta que aquel camino nos llevó a un claro de bosque donde pastaban un grupo de caballos preciosos, rebosantes de salud y la ausencia de ramas nos permitió ver las cumbres nevadas del Mampodre. Siguiendo el mismo camino atravesamos un nuevo hayedo con un porte tan magnífico como el que habíamos dejado, cuando a lo lejos divisamos los campos de pasto y las casitas del pueblo de Maraña, nuestra siguiente meta.

23-11-03 Laguna de Mampodre

Parecía todo alegrías, pero de pronto un arrollo que bajaba de Mampodre no dejó helados por el notable caudal que no admitía paso por ningún sitio y nos cortaba bruscamente el paso a Maraña a pesar que lo teníamos cerca. De inmediato comprendimos que no quedaba más remedio que pasarlo descalzos y tan seguro lo teníamos que no perdimos mucho el tiempo en quitarnos las botas y ponerlas al otro lado. Viniendo de una zona con nieve, el agua estaba helada. Después de entrar en calor proseguimos hacia el pueblo, pero de nuevo mi hijo me sorprendió sugiriendo desviarnos de nuestro camino y subir al lago de Mampodre puesto que íbamos bien de tiempo y no estábamos muy lejos del lago y si se dejaba para la tarde quizá ya mi hijo no tendría tiempo de acompañarme dado el mucho trabajo que traía para hacer.

Íbamos a hacer dos etapas en un solo día. A mí me pareció bien y en su momento nos desviamos a la izquierda por un camino en constante ascenso hacia el lago de Mampodre. Pasamos por el borde de un hayedo precioso y el arroyo que tanto nos preocupó ahora lo teníamos a la izquierda y pronto comprobamos que era el que salía del desagüe del lago.

Poco a poco atrás se veían cada vez más pequeños las casas del pueblo y los prados donde pastaban los animales y arriba cada vez más cerca el imponente roquedal del Mampodre con sus cimas cargadas de nieve. Precioso paisaje con dimensiones descomunales.

A buen paso a pesar de las mochilas, al poco llegamos a la esplanada verde donde se encontraba la laguna, justo a las faldas de la imponente mole granítica del Mampodre y el lugar donde nacía el río que tanto susto nos dio un par de horas antes.



Para bajar, lo hicimos por otro camino que iba por la izquierda y que nos hacía pasar por el otro lado del mismo hayedo de subida y después bajar por los campos llenos de verde con algunas vacas y

caballos mientras íbamos descendiendo paulatinamente hasta divisar el pueblo. A mano izquierda el bello valle de Maraña y al fondo una contienda de picos que, de hacer buen tiempo, pasaríamos al día siguiente por el collado de Tronisco. Una travesía que en el momento de diseñarla me daba el mismo respeto que unos días antes sentía con la subida al alto de Valdeón.

El camino se dirigía hacia las afueras del otro lado del pueblo justo donde había un puente que atravesaba el río Maraña, con tal suerte que nos encontramos al poco en el alojamiento que teníamos reservado: el albergue de Maraña. Solo estábamos nosotros hospedados con lo que las grandes salas llenas de literas estaban vacías y nos llevaron a la sala donde menos camas había, solo seis. Pedimos cena y desayuno y el ambiente era bien cálido por la gran estufa de lecha bien alimentada. Pero antes de comer quisimos darnos un paseo por el pueblo que ya conocíamos del año pasado al que le teníamos cariño. Por supuesto que llenamos las cantimploras de la fuente del pueblo pensando en el día siguiente.

[23-11-04 Lago, río y pozas de Isoba](#)

Como montañeros que son los que regentan el albergue, están al tanto de las inclemencias del tiempo y nos anunciaron que el día 4 daba fuerte tormenta de lluvia y viento, algo que así fue. No nos aconsejaron hacer la ruta prevista, y como no subimos al norte para irnos de vacío, se nos ocurrió llamar un taxi para que nos llevara a Burón, lugar donde teníamos aparcado el coche y aprovechamos que estábamos cerca Riaño para visitar el mercado de ganado que tenía lugar muy de tarde en tarde, a la vez que traían productos de la zona para vender. Con lo que nos gusta a Nico y a mí, compramos provisiones de quesos y castañas con vistas a bajarlos con nosotros al sur.

Además, para aprovechar más el tiempo, como había dejados de llover sobre las 13:30 dijimos de hacer un recorrido antes de almorzar que lo habíamos reservado sobre las 16h para tener tiempo de hacerlo. La ruta elegida fue el lago y pozas de río Isoba.

Ya con cierta brevedad, habíamos estado en la Poza de la Leña y nos pareció una de las manifestaciones más bonitas y románticas de todas las visitas, así que en esta ocasión veríamos todo el conjunto natural, desde el lago en todo lo alto y las pozas del río Isoba. Al llegar, un extenso lago nos recibió, tan grande que nos costó circunvalarlo. Y para darle más valor, levantaron un Chozo con los mismos materiales con que nuestros ancestros lo construían.

Después bajamos por una cuesta que se dirige a un bonito puente sobre el río Isoba, construido junto a una enérgica cascada, El paisaje era muy especial pues se mezclaban los colores amarillos otoñales del bosque de ribera con los ocreos ubicados en la ladera de la montaña. Combinación que, con diferentes distribuciones se iba sucediendo por el camino que baja paralelo al río. Entre tanto se iba sucediendo los más variopintos rincones de claro color otoñal. Y el rumor del río sin parar un instante salvo cuando el agua caía en sucesivas pozas donde el sonido se incrementaba en función de la geometría que las rocas daban a cada poza.

Hasta que por fin llegamos a la tan anhelada poza de la Leña que tan grato recuerdo nos dejó el año anterior. Apenas estaba cambiada y las combinaciones de colores otoñales, tan exquisita, estaban dispuesta en las mismas zonas que, por algún motivo que desconozco, parecían tan bellos como pintados de un cuadro con la misma delicadeza y sabia combinación con los remolinos del agua y las ramas caídas que conservaban todavía su color.



Cuando nos dimos cuenta, estábamos cerca de la hora reservada para almorzar, así que no quedó otra que subir toda la cuesta corriendo, sorteando como podíamos las zonas embarradas, pasar el puente, subir la cuesta pronunciada, bordear de nuevo el lago en sentido contrario, subir a coche y llegar apurados para tomar un exquisito almuerzo.

Como teníamos previsto tras el sendero visitar el pueblo de Isoba, después de comer, fuimos por la tarde y cuando ya oscurecía, con la última claridad del día, también visitamos las instalaciones para hacer deporte de nieve de San Isidro. La sensación fue de vivir un día bien aprovechado.

23-11-05 Lillo-Cervatina

Para comprender la disposición geográfica del Lillo, éste pueblo se sitúa en la confluencia de tres grandes valles, el valle de Porma por donde baja el río del mismo nombre con importantes afluentes a derecha e izquierda, el valle de Isoba por donde baja el río Silván y finalmente el Valle de Respina donde nace el río Celorno, que es alimentado por las vertientes donde se ubican el imponente hayedo de la Cervatina.

En la ruta del día anterior merodeamos por el valle de Isoba en la vertiente por donde discurre el río del mismo nombre. Hoy toca ir por el valle de Celorno y Respina, donde se ubican los famosos hayedos de la Cervatina, nuestro destino. El camino se toma en el mismo pueblo y de inmediato nos topamos con el río Celorno antes de tomar las aguas del río Silván y ambos, un poco más abajo, cuando ya se ha salido del pueblo, ceden por su parte derecha el caudal al Porma poco antes de desembocar en el Pantano del mismo nombre.

Tras pasar el apacible valle del Celorno, se llega a una fuente con una arquitectura y un nombre impropio del lugar (los políticos sabrán) y un poco más allá está la bifurcación, un camino va para el hayedo y el otro hacia el área recreativa. Tomamos el primero, que nos muestra un hayedo en un estado de plenitud tanto por estar el otoño en su punto álgido y por contener ejemplares grandes, hermosos y con muy buena densidad. Las fotos se suceden una tras otra. Los alrededores están rodeados de otras colinas llenas de bosque otoñal y todo da la impresión de un succulento paraíso.

Los arroyos se suceden continuamente lo que crea rincones mágicos llenos de exuberancia vegetal que gracias a la pista forestal no hay que pasarlos quitándonos las botas. La diversidad de rincones otoñales creados por las hayas no cesan, tampoco las fotos. Ahora se entiende porque es tan famosa, entre montañeros y senderistas, esta ruta.

Como en días anteriores, mi hijo insistió en hacer el tramo que lleva hasta el área recreativa alargando en 6km la ruta que yo inicialmente había diseñado, aunque hay un momento donde viendo que él dominaba mejor la lectura del track, yo me dejé llevar pues en el fondo el hacer más ruta, para mí significaba más disfrute de las maravillas del hayedo de la Cervatina.

Salimos a un descampado junto a un arroyo que momentáneamente nos alejaba del bosque para llevarnos al área recreativa. Una vez allí, no sabíamos por dónde proseguir pues un paredón rocoso nos hacía dudar y porque el track nos indicaba un camino estrecho entre la ribera del río a la derecha y el roquedal a la izquierda, proseguimos con cautela hasta llegar a una ancha cuesta algo pronunciada que salía a la derecha y nos internaba en otro bosque de hayas que me pareció diferente al que habíamos visitado. Sus construcciones otoñales de sus ramas y hojarasca daban lugar a expresiones naturales más finas y románticas. También podría ser que la luz apagada de la tarde y la orientación sur de esa ladera diera ese aspecto dispersivo y lánguido, pero el caso fue que me causó nuevas impresiones.

Cuando llegamos a una bifurcación mi hijo me convenció de tomar a mano derecha que alargaba el bosque encantado pues a la izquierda pronto tomaba el camino de vuelta, y así fue. Las composiciones otoñales bonitas continuaron hasta que en un momento dado una cuesta de bajada nos fue sacando del encanto para poco a poco retornar a nuestro punto de partida.

Como quedaba todavía un poco de luz de la tarde, con el coche nos acercamos a un pueblo cercano para evaluar una nueva ruta que

salía de Solle, un pueblo donde pocas casas estaban habitadas y la mayoría estaban derruidas o a punto de hacerlo. Anotamos para un futuro cercano hacer el Avellanar de Solle que tiene el mérito de ser el bosque autóctono de avellanos más extenso de España y el segundo de Europa y no es muy difícil de hacer, tan solo un paseo de 7km.

23-11-06 Hayedo de Tronisco

El día 4 estaba fijado para hacer la ruta Maraña-Lillo, pero una fuerte tormenta lo impidió. Lo que intentamos hacer ahora es ese mismo recorrido, pero al revés, desde Cofiñal hasta el puerto de Tronisco donde se divisa el valle de Maraña, sobre todo porque estamos animados a conocer por esa zona lindos hayedos nuevos alrededor del pico del Tronisco y, sobre todo, comprobar si la mancha sobre el arroyo Tronisco es un puente pues en caso negativo se nos truncaría el día.

Tras aparcar el coche a las afueras de Cofiñal justo donde hay carteles indicando varias rutas. En ese momento, tuvimos la suerte que se nos apareciera un ángel a modo de excursionista eventual con palo y mochila con el que iniciamos una bonita y animada charla sobre los senderos de la zona. Eso sí, nunca dejaba su rictus serio. Gracias a él, obtuve respuesta a la pregunta que me corroía desde que hace un par de meses preparaba esta salida ¿se puede pasar el arroyo de Tronisco por puente? La respuesta afirmativa me hizo iniciar la ruta con más alegría. Le caímos simpáticos eso de ser padre e hijo intentando subir al collado de Tronisco para ver de allí el valle de Maraña, justo el que vimos y fotografiamos cuando bajábamos de la laguna de Mampodre dos días antes. Así que se alargó la salida en más de media hora con tanta pregunta que le hacíamos. De lo mucho que hablamos, nos aconsejo conocer el hayedo que teníamos enfrente ya que no nos llevaría mucho tiempo.

Comenzamos el recorrido cerca del valle de Porma con sus espectaculares colores otoñales de chopos y demás arboles de ribera que tanto me cautivaron al verlos por primera vez el año anterior sobre todo los del valle del Pinzón. Tras una fuerte subida llegamos por fin a internarnos en el hayedo que no nos defraudó (la verdad es que ninguno defrauda). Preciosas las fotos del hayedo otoñal y a lo lejos picos como el del Lago o el Tronisco. Así atravesamos el hayedo hasta divisar el llano de Tronisco por donde circula el arroyo del mismo nombre. También esta vez nos acompañó un perro fiel desde el comienzo. Y llegó el momento de cruzar el puente de mis sueños y de hacerme una foto con el perro.



Tras cruzar el llano, pronto llegamos a la siguiente mancha ocre de hayedos y sostenidos por tanta belleza natural en claro ascenso, llegamos a la zona donde solo queda matorral de alta montaña, y un poco más allá, el collado de Tronisco, que era el objetivo del día. Y tras hacer una linda foto del perro en medio de un paisaje salvaje entre picos y bosques, iniciamos la bajada por el mismo hayedo. Al poco, donde hay una torre de madera de observación, girábamos a la derecha donde proseguía el bosque de hayas y se podía divisar los hayedos vecinos donde uno, con forma de media luna nos llamó la atención. El lugar quedó registrado para nuevas incursiones futuras.

Desde esas alturas el paisaje se mostraba generoso mezclando hayedos y robles en su punto otoñal con formas irregulares y sugerentes según las formas del roquedal o montaña que le daban sustento a sus raíces y. abajo, con sus chopos, álamos, fresnos, avellanos y demás vegetales de la orilla del río Porma a lo largo de los valles de Cofiñal y Pinzón, todo un mosaico de colores naturales que ni un pintor podría imitar.



Así, con ese torbellino de colores en franca bajada llegamos a la carretera y unos pasos más adelante nos llevó a la cascada de los

Forfogones en el río Porma, un rincón maravilloso y más aún con su decoración otoñal. El perro, que hasta allí había ido con nosotros, no se despidió de nosotros y nos dimos cuenta de su ausencia cuando bajábamos por un camino cercano al Porma por los valles Pinzón y Cofiñal. Yo que había disfrutado el año anterior cuando pasé por allí en coche y con cierta premura, imaginar cómo me sentí recorriendo el mismo lugar, pero inmerso en tanta belleza (mejor lo explican las fotos), hasta llegar al inicio de ruta. Esos son los momentos mágicos donde la vida concentra emociones difíciles de asimilar.

23-11-06 Hayedo de Cofiñal

Al terminar la ruta, milagrosamente de nuevo se volvió a aparecer el ángel para animarnos a hacer la ruta de enfrente dándonos detalles sobre en qué puente de Cofiñal se iniciaba el recorrido, alertándonos de que el hayedo lo cruzaban a lo largo 3 senderos siendo el más bonito el del centro y que tenía el retorno en un roquedal del final que se veía desde donde estábamos para volver por el más cercano al río Porma.

En principio no teníamos pensado hacer más rutas que la prevista, pero la insistencia del ángel y después, de nuevo, la de mi hijo, que parece ser que había entendido las explicaciones a la perfección las instrucciones y dado que todavía era pronto para almorzar; aun siendo la única ruta de la que no disponía de track, consideramos a bien hacer como extra la nueva ruta. “Piensa papá que sería la última ruta que vamos hacer, pues mañana ya volvemos al sur” me dijo contundente mi hijo.

En poco tiempo, subimos al coche, buscamos el puente sobre el río Porma y enseguida estábamos andando por el camino que se dirigía al hayedo. Como nos aconsejó el ángel, tomamos la senda de en medio y poco a poco nos vimos envueltos de nuevo por las ramas de las hayas llenas de atractivo otoño. Los rincones a fotografiar se

sucedían a continuo, avanzado rápido para no llegar pasada la hora de comer.

Sobre la media hora llegamos al final del camino pues el río Isoba, cuyas pozas más arriba disfrutamos hacía dos días, nos cortaba el paso. Así que desde ahí volvimos por el camino de más abajo y, llegado el momento, vimos como este río daba sus aguas al Porma. Las fotos tomaron una nueva dimensión pues la maraña que creaba las ramas de color ocre otoño de las hayas, dejaban entrever los colores amarillos de los prados junto al fondo verde del prado o las manchas ocre de los hayedos de las montañas del frente.

Me encontraba en una situación nueva donde podía jugar con lo más cercano combinado con lo más lejano, incluso en ocasiones con las limpias aguas del río Porma que, tranquilamente, bajaban por el centro del valle custodiadas por suculentos y verticales chopos enardecidos de su intenso amarillo que era acompañado por los demás colores de fresnos, avellanos y otros matorrales de su ribera y, en todo momento, la llana y apacible pradera salpicada de algunos animales como vacas y caballos. Un final espectacular para finalizar las dos semanas largas fuera de casa. Por la noche, con un frío de 0° quisimos despedirnos de Cofiñal que está a solo 4km de Lillo, ese pueblo que nos dio tanto y que, por las notas recogidas, en un futuro nos podría dar más alegrías naturales.

